

UNA GABARDINA AZUL

EMILIO P. RUBIO

olélibros

NOVELA

UNA GABARDINA AZUL

Emilio P. Rubio

olélibros



UNA GABARDINA AZUL

© Emilio Parra Rubio

© Corrección ortotipográfica: Álvaro Martín Valcárcel

© de esta edición: Olé Libros, 2021

ISBN: 978-84-18759-40-6

Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

KALOSINI, S. L.
Grupo editorial **olélibros**
equipo@olelibros.com
www.olelibros.com

*A los que vuelan sin alas,
a los que nunca miran a otro lado
y a todos aquellos que andan buscando abrigo.*

PRÓLOGO

«La vida» no la perdí peleando cuerpo a cuerpo en defensa propia, o luchando contra cientos de adversarios alentado por mis magníficos ideales, ni siquiera fui envenenado o intoxicado por alguno de mis malos hábitos, y tampoco caí electrocutado por algún acto temerario propio de mi inmadurez, de ninguna manera. «La vida», figuradamente dicho, se escabulló entre mis dedos en uno de esos avatares del destino, tan caprichoso... Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos y, por supuesto, sin previo aviso.

Creía que la monotonía que envolvía mi existencia podía llevar adherido algún suceso que la hiciera saltar por los aires, algo bueno que rompiera la tediosa rutina, porque era optimista, siempre lo he sido. Ese exceso de confianza se fue diluyendo poco a poco, y con ello también se esfumó la sensación que tenía de que todo iba a salir bien.

El pesimismo, esa losa que se coloca sobre tus hombros y te aplasta con sutileza hasta dejarte completamente hundido, se apoderaba del día a día como una nube oscura que asoma amenazante por el horizonte. Un cambio en el orden establecido que ni siquiera aún soy capaz de concretar, un insignificante escalón en el camino, un pequeño bache de nada resultó ser más mortífero que el más profundo de los precipicios. De repente, la suerte dejó de acompañarme y se olvidó de mí; ya no me tendía la mano diciéndome: «Vamos, te acompaño». La suerte me dio de lado, algo tuvo que incomodarla para que me ignorara de esa manera tan cruel y descarada. Al final me rendí ante ella convencido de que nada podía ir peor, y sucumbí, sucumbí a su maquiavélico juego de azar, que me hizo sentir como si estuviera en un río embravecido de

aguas oscuras, agarrado a un tronco endeble, alejándome cada vez más de la orilla mientras era zarandeado por las turbulencias de la corriente.

Se hace muy difícil mirar atrás con tan poco entusiasmo.

Una vez «muerto», recorro los días recomponiendo mis recuerdos, que cada vez son más confusos, para llegar siempre a la misma conclusión: probablemente los acontecimientos habrían tomado un cariz distinto si hubiera actuado de diferente manera. De nada servía lamentarme cuando en realidad no hice nada por evitarlo, y si lo hice, está claro que lo hice mal.

Qué rápido pasan diez años de condolencia, tan rápido como que ayer ya es hoy y todo sigue igual. Ahora, voy sumando días como un viejo reloj de cuco que permanece colgado de una pared sin ninguna otra función asignada.

Sin embargo, hubo un tiempo en que, a pesar de todo, ahí estabas tú. No sé si lo soñé, pero te recuerdo clavada en mi alma con la claridad que provoca el dolor. Sin todo lo demás, aun sin echarme alimento alguno a la boca, sin vehículo con el que desplazarme, sin casa donde habitar, sin nada en mis manos, hubiera sobrevivido al derrumbe, pero sin ti, sin ti me resultaba imposible.

El peor final para un cuento: te perdí.

Un descuido imperdonable. Te perdí, y lo lamento cada día porque aún soy lo poco que queda de ti, el trozo que acabó tirado en el arcén de aquella carretera.

La otra tarde estuve deambulando por tu guarida al amparo de los cipreses. Pasé la noche entera recordándote, recordándome.

CAPÍTULO 1

El suelo de mármol blanco que recorre el parque de un extremo a otro está frío y duro como el hielo ártico, y el escaso césped que a duras penas sobrevive en esta ciudad, brilla con la humedad característica de la noche otoñal. Lo mejor, dadas las circunstancias, sigue siendo la repintada madera del banco solitario que hay bajo el enorme ficus que se mantiene firme como un gigantesco paraguas que me protegerá de la escarcha. Coloco meticulosamente los cartones que he recogido junto a un contenedor. Con una bolsa de plástico y el viejo jersey que siempre me acompaña improviso una pequeña almohada deforme.

Esta zona del parque está a escasos metros de una ancha avenida por donde, inevitablemente, cada corto tiempo, pasa algún vehículo con su bramido perturbador. Intento acostumbrarme a los sonidos de la noche sin conseguirlo. Debería haber tomado un vaso de leche caliente con miel y un trozo de bizcocho, eso o medio litro de vino. También debería estar acostumbrado, pero en noches como esta, la no ingesta del alcohol suficiente suele pasar factura. Lo peor es pensar en ello; si lo hago, me resulta más difícil aún controlar el impulso de dar un salto y largarme al malecón a mendigar un trago. Por desgracia no tengo muchas más cosas en las que pensar, pero estoy cansado de andar todo el día de un lado para otro.

Los cartones apenas disimulan la dureza de las tablas. Me acomodo ajustando mi cuerpo a la superficie; bocarriba, tapado con una vieja cazadora que me viene grande.

Casi sin querer me quedo en el limbo, ausente, tieso como un palo. Al cabo de un rato recupero el pensamiento lúcido y noto que me espabilo

repentinamente. Ha venido a hacerme compañía una racha de aire inoportuna. Giro la cabeza y puedo vislumbrar en la lejanía los centelleantes números verdes tras las hojas del ficus gigante. Son las dos y cuarto de la madrugada. Un soplo de aire fresco, una brisa de esas que parecen amables, pero que sabes que no traerán nada bueno, comienza a colarse sin pedir permiso por las perneras del pantalón. A los cinco minutos algunas hojas secas revolotean a mi lado brindándome una danza desquiciante. El remolino de aire cobra fuerza y el bufido se perpetúa en mis oídos; por si fuera poco, una esquina del cartón comienza a golpearme la cara jaleada por el viento. Sin duda, debo buscar otro emplazamiento donde el aire no me dé la noche. Recojo el finísimo colchón luchando contra el viento impetuoso que se lo quiere llevar, y con los cuatro bártulos que siempre me acompañan, dirijo mis pasos hacia la catedral.

Los soportales que rodean el majestuoso edificio de piedra están mojados, mojados y fríos. Puedo ver en una calle cercana el mismo robot municipal de todas las noches escupiendo chorros de agua espumosa por sus brazos entubados. Me molesta su rutina mecánica y ruidosa, siempre a la misma hora; cuando se supone que todos duermen, él se hace el amo de la inerte ciudad y se mueve por ella sin restricciones. Por el contrario, la catedral transmite esa sensación de cobijo y abrigo tranquilizadora, no entiendo muy bien por qué, pero a mí me pasa. Voy dando bandazos junto a los muros cicatrizados por su historia; a veces he creído escuchar los ecos de la muchedumbre rezando o pidiendo pan bajo el pórtico. Ahora, al pasar junto a la puerta, golpeo con los nudillos la rugosa madera de roble. Por más que llame nadie me abrirá, hay un museo eclesiástico que se ha apoderado de todo lo que podría ofrecerme un edificio como este. Alzo la cabeza, maravillado una vez más por la majestuosidad de semejante construcción, puedo admirar su belleza, que no ha sufrido el deterioro por el paso del tiempo, y me pregunto cuánto tiempo permanecerá así de firme. Sus bloques de piedra han aguantado siglos de tormentas y agravios, guerras y expolios. En la carne, sin embargo, todo hace mella.

Decido atajar por una de las callejuelas, que culmina en otro de los parques de la ciudad. En el jardín que hay junto al malecón, el viento sigue soplando con fuertes rachas. Aún quedan algunas pruebas evidentes de la celebración que

ha tenido lugar con motivo de las fiestas locales: botellas vacías junto a los árboles, guirnaldas que cuelgan a merced del aire y algunas parejas solitarias que coquetean con la penúltima copa en alguna de las barracas que aún permanecen abiertas. Los camareros apilan sillas con la mirada puesta en la hora de salida. Me detengo y registro mis bolsillos: solo me quedan unas pocas monedas. Me sentaría un rato a tomarme una copa en estricta soledad, aunque estoy seguro de que esa acción me induciría a visualizar mi otro yo, aquel hombre que bailaba con ella en aquellas felices fiestas de primavera que siempre se alargaban hasta el amanecer. Aun sabiendo que esos recuerdos no me hacen bien, me sentaría un rato a soñar despierto, pero si lo hago, me quedo sin un céntimo.

Aparto los fantasmas de mi cabeza y cruzo como alma en pena el recinto de festejos. La gente que aún queda junto a las barras no me mira, no les dicen nada mi cartón bajo el brazo y mi paso cansino. Atravieso la explanada entre remolinos de servilletas de papel y hojas secas que buscan un rincón sosegado, igual que yo.

Una noche más me dirijo a las sombras. En la trastienda de una de las barracas veo un pequeño recinto donde guardan las bombonas de gas que abastecen las cocinillas montadas para la ocasión. La puerta no tiene candado. La empujo y descubro el hueco donde cabe perfectamente una persona. Este puede ser un buen lugar para descansar un rato, si acaso asomaré un poco los pies. Espero que no aparezca algún desaprensivo con ganas de fastidiar o un perro con la necesidad de marcar su territorio.

El piso es de loneta rugosa, algo así como las jarapas mexicanas que se utilizan bajo las sillas de montar. Con eso y mis preciados cartones me siento resguardado del suelo cruel que nunca se compadece de mí... Cuántas noches me ha robado el calor y me ha dejado con los huesos hechos polvo... He perdido la cuenta. Saco mi libreta, que me persigue a todos lados, y me pongo a escribir lo poco que recuerdo; por desgracia, hoy no he bebido demasiado y los recuerdos se agolpan como manadas de búfalos inquietos. No me gusta entrar en razón, odio estar lo suficientemente cuerdo como para darme cuenta de lo que me acontece. Prefiero estar ausente, perdido en un mundo imaginario creado por los efectos del alcohol; es eso o volverme loco, y por lo

vivido hasta la fecha, la locura aún no ha sido incluida en mi catálogo de desdichas. Con tanta cordura rondándome la cabeza soy capaz de recordar lo solo que estaba en la época en que aún me importaban ciertas cosas, buscando piso, pidiendo favores. Me quedé sin amigos, sin compañía, sin razón de ser. Con el tiempo descubrí que provocaba una reacción antinatural en las personas, sentían verdadera lástima por mí, y gracias a sus muestras evidentes de sobreprotección comencé a sentir lo mismo. Supongo que fue el instinto de supervivencia, que en teoría todos llevamos dentro, lo que me espoleó para alzar la cabeza y tirar para adelante en esos momentos tan delicados, donde no importas una mierda y piensas que el mundo estaría mejor sin ti.

Enderezo la espalda para destensar los omoplatos y adaptar mejor mi cuerpo al suelo. Encojo los brazos sobre el pecho y me acurruco bajo la amplia cazadora.

Al principio todo parecía más fácil, más esperanzador. No entraba en mis planes un estado de desolación tan voraz como el que vino después. Estuve varios meses buscando una ocupación que nunca llegaba, abusando de la generosidad de mi hermana Lucía, mi única hermana. «Lucía es el cordón umbilical que me une con el mundo, el sensor que me ubica en algún lugar de este extenso planeta. Es más importante para mí de lo que yo pensaba». No tenía por qué cargar con mi desgracia una mujer como ella, una mujer con suerte; aún no entiendo muy bien qué pintaba yo por aquellas latitudes. Las cosas le iban relativamente bien, tenía un trabajo estable, un marido dócil y amable, dos hijos saludables de corta edad que no le daban demasiadas preocupaciones; en definitiva, tenía un hogar feliz. No era justo que el destino le regalara un lastre tan deprimente, no era justo.

Los primeros días fueron llevaderos, buscábamos juntos ofertas de empleo en el periódico local, pero la gran mayoría estaban orientadas a la venta por catálogo. En aquella época, nos mirábamos con ternura y delicadeza. Tras unos meses, los gestos ya no eran los mismos. Caí en un desánimo tal que me fue llevando al abandono de todas mis buenas costumbres. Ya no leía la prensa buscando noticias esperanzadoras que me dieran una oportunidad; ya no jugaba lanzando una pelota a Duque, el perro de la familia, ni prodigaba atenciones a mis sobrinos; ya no regaba las plantas, ni madrugaba por las

mañanas dispuesto a comerme el mundo. No tenía donde ir y el dinero había volado casi sin proponérmelo. De alguna forma, el mundo me estaba comiendo a mí, bocado a bocado, sin compasión.

Una mañana me despedí con una sentida carta, llené un macuto con algunas prendas y un par de zapatos, y salí a la calle a disfrutar de mi nueva libertad.

Me gasté lo poco que me quedaba y conocí gente, gente buena y gente mala. La buena me sirvió de mucho, de la mala logré apartarme a tiempo. Gracias a esas peripecias conocí a Iván y su flauta, ojo, flauta travesera. Tocábamos viejas melodías al caer la tarde para ganarnos unos céntimos. Yo le acompañaba aporreando una guitarra a la que le faltaban cuerdas a la vez que canturreaba o silbaba la improvisada canción. Proclamábamos la libertad en su más amplia expresión. Lo recuerdo con sus dientes desordenados y las orejas de soplillo alardeando de sus peripecias amorosas. Con él pasé meses en un viejo caserío fuera de la civilización. Lo ocupábamos una comuna de hippies idealistas y algunos ratoncillos de campo que merodeaban a sus anchas con total impunidad. Qué recuerdos tan bucólicos se me vienen a la cabeza... qué paz interior; te sanaba el alma, pero nunca te quitaba el hambre. En aquella época, cualquier evento, por insignificante que fuera, se convertía en una fiesta sin medida: una puesta de sol, un día de lluvia, el brote temprano de las acelgas... cualquier cosa servía de excusa. Con el paso del tiempo me di cuenta de que lo más importante, lo más extraordinario y lo que más felicidad me producía en ese momento era el simple hecho de existir. En realidad, no necesitábamos tanto para sobrevivir. Mi vida se convirtió en un conformismo adictivo y sumamente placentero.

«Ahora dejo los días pasar, esperando mi hora, que parece que no va a llegar nunca».

Con todos esos recuerdos revoloteando en mi cabeza, voy sucumbiendo en un profundo estado de somnolencia al amparo de este improvisado camarote, rendido al eco de las voces de jóvenes que vuelven a sus casas o trasladan la juerga a otro garito de la zona, adormecido por el ligero olor a gas.

La luz. Siempre me ha gustado la luz de la mañana, me informa, me grita que aún sigo vivo. Así despierto, con la luz intentando atravesar mis pestañas

que se niegan a separarse. Tengo a mis pies una acera, por donde cada cierto tiempo aparecen unas piernas que andan en un sentido u otro. El bullicio de la ciudad me sobrecoge. No tengo ni pizca de ganas de abandonar la protección de este techo de hojalata. Solo he necesitado un par de palmos cuadrados para aislarme en mi pequeño mundo y no pido más. De pronto, un golpe seco, un ruido estridente que me ha provocado una ligera convulsión traducida en un gran susto. Los golpes se agudizan, alguien está aporreando el endeble tejado metálico de mi improvisada guarida.

—Eh, tú, ¡¿qué haces ahí?! —resuena una voz rasposa sin darme siquiera tiempo a bostezar.

Me enderezo como puedo y asomo la cabeza por el hueco como un perro sale de su caseta, estirando las patas, despertando uno a uno los sentidos. Un tipo fornido de cara redonda y frente estrecha se planta frente a mí tapándome completamente la visión del entorno. Parece que el sujeto ocupa más espacio que veinte mulas juntas. No tengo más remedio que arrastrarme junto a sus pies para poder salir e incorporarme.

—¿Te crees que esto es un hotel? —me reprocha de mala manera sin habernos presentado siquiera.

¿Qué le habré hecho yo a este tipo? Desde luego que es mala suerte empezar el día de esta forma. Por si fuera poco, unas cuantas nubes se han apoderado del cielo y ya no asoma ni un rayo de sol. El tipo viste un uniforme gris de vigilante de seguridad. Debía de estar haciendo su ronda cuando ha visto mis botas asomando por la caseta de las bombonas de butano. ¿Qué habrá pensado sobre el motivo que lleva a un hombre a estar en una situación así? ¿Creerá que tengo alguna posibilidad de pernoctar en un hotel y prefiero dormir tirado sobre un par de cartones? No necesito más preguntas sin respuesta, me cansa tanta especulación. Este tipo es idiota y no tiene por qué ser lógica su actitud. Cualquier cosa que yo haga o diga será una pérdida de tiempo.

Me planto frente a él manteniendo mi autoestima bien erguida y le pido un cigarrillo.

—Sí, hombre. ¿Quiere también el señor que le traiga el desayuno? — replica con sarcasmo.

—No, con un cigarrillo me conformaría.

—Venga, lárgate antes de que... —masculla a la vez que, instintivamente, lleva la mano sobre la porra que le cuelga del cinturón.

—No puedes echarme de la vía pública —le digo con toda la seguridad de la que soy capaz.

—¡He dicho que te largues!

—Me da igual lo que digas. ¿Vas a pegarme?

El tipo me mira con los ojos entornados. Sus rasgos parecen comprimirse entre dos lonchas de pan. Ojos, nariz y boca reducidos a un mismo segmento.

—Qué quieres que te diga, la calle es de todos —me excuso sabiendo que se está cabreando progresivamente.

Yo no soy un delincuente, pero mi instinto de supervivencia es otra cosa, es como un retortijón de estómago, algo que te molesta y te hace buscar un sitio donde aliviarte.

—¿Tengo que llamar a la policía? —suelta la típica amenaza.

—Adelante. —Trago saliva.

Sin previo aviso, la masa de carne bajo el uniforme gris saca una pierna a pasear y da un puntapié a la bolsa que había dejado en el suelo mientras me abrochaba el cinturón. No llevo nada que pueda romperse, es solo mi añorado jersey que tanto confort me había proporcionado la pasada noche lo que da vueltas sobre la acera.

Me agacho a recogerlo. En este momento podría clavarle los nudillos en la nuez, saltar sobre su cabeza como un águila real, pero no, no lo hago. Me contengo diciéndome en voz baja que la ira nunca ha sido mi especialidad; de hecho, y aunque me duela reconocerlo, aún sigo teniendo importantes trazas de cobardía bajo la coraza que se supone debería protegerme. Me bajo al charco de la sumisión y le dedico una sonrisa forzada.

—¿Te importaría respetar mis cosas? —le pido recalcando cada palabra.

—¡Venga ya, hombre! —Me agarra de un brazo, apretando, empujando, avasallando—. ¡Lárgate de una vez!

Solo me queda una salida razonable: irme. A duras penas consigo envararme mientras recojo los trozos de mi maltrecha dignidad esturreados por el suelo.